



Gerardo Pastor Ramos, cmf

Mi testimonio agradecido a Fernando Sebastián

Como alumno de Fernando Sebastián, mi mejor profesor de teología, conservo recuerdos cuya persistencia sólo es explicable por el impacto ejemplarizante que me causó su amor por la Iglesia. Emblema que él continuamente proclamaba de palabra como religioso claretiano y como docente, pero que luego materializó muy concretamente en obras, cuando hubo de abandonar la enseñanza para dedicarse exhaustiva y exclusivamente, como obispo, arzobispo y cardenal, al servicio de varias diócesis y archidiócesis españolas. Su nivel intelectual, realmente excepcional, se había modelado con los grandes pensadores del Concilio Vaticano II y su proyecto intelectual se fue enriqueciendo progresivamente en aquella línea, moderna y renovadora. Ayudarnos al pensamiento crítico, fundamentar científicamente nuestra ingenua mentalidad de alumnos seminaristas, consideró el P. Sebastián era el mejor ejercicio de su propio ministerio presbiteral. Acabado el Concilio, en 1967, Fernando Sebastián se incorporó a la Universidad Pontificia de Salamanca. Accedió a la cátedra con el propósito de difundir el pensamiento conciliar y su éxito en tal magisterio le expandió en merecida fama por toda la Iglesia española; aunque, curiosamente, de forma dialéctica o por contradicciones, considerándole unos con recelo el gran teólogo “progresista” y otros con menosprecio el gran teólogo “conservador”, dada su afinidad y servicio magisterial al entonces presidente de la Conferencia Episcopal. Promovido como Rector a la más alta gestión universitaria, demostró que un eminente intelectual podía ser, al mismo tiempo, excelente ejecutivo y, de hecho, todos le recuerdan Magnífico por su gestión. Estupor idéntico al de clérigos escépticos que, recelando de su capacidad pastoral como hombre de letras, hubieron luego de reconocer su pragmática, efectiva y acertada labor episcopal, su eficacia como Secretario de la Conferencia Episcopal, su destreza dialéctica, su habilidad negociadora, ante políticos del más diverso signo. Pero, por encima de tantísimos méritos, glosados en la “Laudatio en honor de Monseñor Don Fernando Sebastián” que tuve el honor de pronunciar en la Universidad Pontificia el 8 de junio de 2001, con motivo de la concesión que el Alma Mater le hizo de su medalla de oro, quiero hoy proclamar como supremo elogio de Fernando Sebastián, el testimonio cualificado de su fe, su convencido seguimiento a Jesucristo, un amor comprometido al máximo sacrificio personal por la Iglesia. Testimonio de incalculable valor en estos tiempos recios de agnosticismo social y descrédito de lo clerical; pues, comprobar que una profunda espiritualidad cristiana es compatible con la mente ilustrada de los mejores intelectuales, constituye auténtico tesoro, poderosa semilla que Fernando Sebastián deja plantada para seguir fructificando en una posteridad muy afectada de incertidumbres.